

EL DINERO

José Cabrera Forneiro
Psiquiatra

Todo el mundo sabe lo que significa la palabra “dinero”, todos somos conscientes de la trascendencia de su posesión y aun más de su ausencia, incluso diría más: unas personas creen en Dios y otras no, unos ganan y otros pierden, unos son más o menos felices y otros no, pero al final todos creemos en el dinero.

Pues la palabra “dinero” proviene como casi todas las castellanas del latín “denarius” que era el nombre de la primitiva moneda de plata de Roma, que a su vez valía diez “ases” y que Cicerón acabó por utilizar para definir lo que hoy llamamos “moneda corriente”, incluso en el Reino de Castilla allá por el siglo XIV el término “dinero” se empleó para describir la moneda de entonces hecha en plata y cobre.

Y dirán Udes: ¿a qué viene este rollo si todos sabemos de lo que estamos hablando?, pues entraré en materia.

El dinero nació como instrumento de intercambio de cosas, es decir como un medio para obtener objetos necesarios para la vida, facilitando así mucho los trueques de antaño: “yo te doy dos arrobas de patatas a cambio de dos caballos, por ejemplo”, y mientras se mantuvo en esa finalidad, las cosas fueron bastante razonables.

Con el paso del tiempo, el dinero se transformó de un medio en un fin, y así tener dinero se convirtió en posibilidad de gozar de grandes condiciones, de tener poder, de ser alabados, de entrar a formar parte de la elite de las sociedades, en definitiva de “ser alguien”. Y así corriendo el tiempo, y un poco entre todos, hemos elevado el dinero a la categoría de fin primordial, y olvidando su verdadera naturaleza, lo hemos transformado en el fiel de la valoración de todo.

El dinero es una excusa para las guerras que a su vez generan necesidades bélicas que deben fabricarse y lo que es más importante pagarse. El dinero constituye hoy el valor de una persona: “es de muy buena familia”, “es el accionista mayoritario de la Empresa”, “gana tanto y cuanto cada vez que sale en TV” o “es un profesional inalcanzable”.

Hoy mientras un gran empresario gana 100 millones de euros al año, o un especulador en bolsa gana 50 millones, o un futbolista gana 15, o una profesional de la prensa rosa un millón, o una presentadora de dudosa cultura gana cuatro millones, un catedrático de universidad gana 2500 euros al mes, un médico de hospital aproximadamente 2000 sin contar las guardias (que hace como un león para llegar a fin de mes), un enfermero unos 1200 euros, o un miembro de los cuerpos de seguridad del estado unos 1300, y así podríamos seguir poniendo ejemplos.

Pero lo malo no son estas injustas e inmorales desigualdades (que probablemente las hubo siempre), lo malo es que la posesión del dinero es el patrón por el que valoramos a las personas, y su ausencia la causa por la que las despreciamos, y creo sinceramente que esta es una grave fractura social.

En cierta ocasión alguien me dijo: “Con el dinero solo se pueden comprar cosas baratas” (cargos, casas, coches, viajes,...), lo importante no puede comprarse (la inteligencia, la sabiduría, la bondad, la lealtad, el amor sincero,...). Me gustó la frase, y la he ido aplicando a lo largo de mi vida con gran resultado, llegando a la misma conclusión que llegó Cristina Onassis justo antes de quitarse la vida: “soy tan pobre que solo tengo dinero”.